

ARCO IRIS

¡En el campamento de Niños!



MARZO DE 1949
AÑO 1 N.º 9

Montevideo
URUGUAY

REVISTA EVANGELICA PARA LOS NIÑOS DE AMERICA LATINA



ARCO IRIS

REVISTA EVANGELICA PARA LOS NIÑOS DE AMERICA LATINA

MARZO DE 1949

AÑO I

NUMERO 9

MONTEVIDEO-URUGUAY

Director Responsable
JULIO A. BARREIRO

Administradora
EMMA P. DE GATTINONI

Dibujantes:
WALDECK IBARRA
Juan De Pietro y César Pebé

Jefe de Expedición:
BERTA O. DE BARREIRO

AGENTES:

ARGENTINA
Librería "La Aurora"
Corrientes 728 - Buenos Aires

BOLIVIA
Mary Ortiz
Cajón Nº 9
La Paz

COLOMBIA
Librería "La Aurora"
Call

COSTA RICA
M. Cristina Azofeifa G.
Apartado Postal 901.
San José.

CUBA
Librería "La Aurora"
Virtudes 152 - La Habana
Dr. Samuel Deulofeu
Apartado 102 - Palma Soriano

CHILE
Librería "El Sembrador"
Casilla 2037
Santiago

ECUADOR
Librería Realidades
Casilla 137 - Quito

EL SALVADOR
Esther R. Reddin
Colegio Bautista
Santa Ana

ESPAÑA
Rvdo. José Capó
Ripoll 22 - Barcelona

HONDURAS
Sra. Luisa de Auler
Misión Evangélica
San Pedro. Sula

PARAGUAY
Rvdo. Enrique V. Molina
Casilla 167
Asunción

PANAMA
Sra. E. C. de Silva
Instituto Pan-Americano
Apartado 1037 - Panamá

PERU
Luis J. Jack
Apartado 1386 - Lima

REP. DOMINICANA
Librería Dominicana
Ciudad Trujillo

SUMARIO

	Págs.
Las medias de los flamencos (Cuento)	1
Las aventuras de Galopín (Historieta)	3
Dificultades (Cuento)	4
Paisaje (Poesía)	5
En la granja (Pasatiempo)	6
Campamento de Niños (Relato)	7
Notas gráficas del Campamento	8
Mi Rincón	11
Ginga-Gon (Cuento)	12
Curioso, ¿verdad?	15
Lámina para colorear	16
El Club del Arco Iris	17

☆ DIRECCION Y ADMINISTRACION:
San José 1457, Montevideo, URUGUAY.

☆ SUSCRIPCIONES
Serán anuales. Los pedidos deben ser hechos a los Agentes. En Argentina y Uruguay, podrán hacerse también a los Representantes de la Revista en las Iglesias, Escuelas Dominicales u Obras.

Precios: Uruguay: \$ 1.50 m/u. anual.
Argentina: \$ 4.00 m/a. anual.
Chile: \$ 35.00 moneda chilena, anual.
Paraguay: \$ 1.50 moneda paraguaya, anual.
Bolivia: 65 Bs. anual.
Para los demás países: un dólar, anual.

☆ GIROS Y CHEQUES
SE RUEGA HACER LOS GIROS O CHEQUES, UNICAMENTE A NOMBRE DE LA SRA. EMMA P. DE GATTINONI, SAN JOSE 1457. - MONTEVIDEO, URUGUAY. SE RUEGA, ASIMISMO, NO HACERLOS A NOMBRE DE REVISTA "ARCO IRIS".

☆ CORRESPONDENCIA
Se ruega dirigir toda la correspondencia a nombre del Director.

☆ NUMERO SUELTO
Argentina: \$ 0.45 m/a.
Uruguay: \$ 0.20 m/u.
Chile: \$ 4.00 moneda chilena.
Paraguay: \$ 0.15 moneda paraguaya.
Bolivia: 6 Bs.
En los demás países el precio del número suelto será fijado por el Agente.

☆ COLABORACIONES
Se aceptan colaboraciones para la Revista. La Dirección se reserva el derecho de publicarlas o no. No se devuelven los originales. La Dirección no se hace responsable de la autenticidad de las colaboraciones publicadas en la Revista, cualquiera sea la entidad o persona que las haya enviado.

☆ La Revista ARCO IRIS se reserva todos los derechos sobre el personaje GALOPIN, creado exclusivamente para la misma. Prohibida su reproducción, sin la autorización debida.

Las medias de los Flamencos

CUENTO por HORACIO QUIROGA

Cierta vez las víboras dieron un gran baile. Invitaron a las ranas y a los sapos, a los flamencos, y a los yacarés y a los pescados. Los pescados, como no caminan, no pudieron bailar; pero siendo el baile a la orilla del río, los pescados estaban asomados a la arena, y aplaudían con la cola.

Los yacarés, para adornarse bien se habían puesto en el pescuezo un collar de bananas. Los sapos se habían pegado escamas de pescado en todo el cuerpo, y caminaban meneándose, como si nadaran. Y cada vez que pasaban muy serios por la orilla del río, los pescados les gritaban haciéndoles burla.

Las ranas se habían perfumado todo el cuerpo, y caminaban en dos pies. Además, cada una llevaba colgada como un farolito, una luciérnaga que se balanceaba.

Pero las que estaban hermosísimas eran las víboras. Todas, sin excepción, estaban vestidas con traje de bailarina del mismo color de cada víbora. Las víboras coloradas llevaban una pollerita de tul colorado; las verdes, una de tul verde; las amarillas otra de tul amarillo; y las yararás, una pollerita de tul gris pintada con rayas de polvo de ladrillo y ceniza, porque así es el color de las yararás.

Y las más espléndidas de todas eran las víboras de coral, que estaban vestidas con larguísimas gasas rojas, blancas y negras, bailaban como serpentinatas. Cuando las víboras danzaban y daban vueltas apoyadas en la punta de la cola, todos los invitados aplaudían como locos.

Solos los flamencos, que entonces tenían las patas blancas, y tienen ahora como antes la nariz muy gruesa y tor-

cida, sólo los flamencos estaban tristes, porque como tienen muy poca inteligencia, no habían sabido cómo adornarse. Envidiaban el traje de todos, y sobre todo el de la víbora de coral. Cada vez que una víbora pasaba por delante de ellos, coqueteando y haciendo ondular las gasas de serpentina, los flamencos se morían de envidia.

Un flamenco dijo entonces:

—Yo sé lo que vamos a hacer. Vamos a ponernos medias coloradas, blancas y negras, y las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

Y levantando todos juntos el vuelo, cruzaron el río y fueron a golpear en un almacén del pueblo.

—¡Tan-tán! — pegaron con las patas.

—¿Quién es? — respondió el almacenero.

—Somos los flamencos. ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

—No, no hay —contestó el almacenero. ¿Están locos? En ninguna parte van a encontrar medias así.

Los flamencos fueron a otro almacén.

—¡Tán-tán! — ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero contestó:

—¿Cómo dice? ¿Coloradas, blancas y negras? No hay medias así en ninguna parte. Ustedes están locos. ¿Quiénes son?

—Somos los flamencos — respondieron ellos.

Y el hombre dijo:

—Entonces son con seguridad flamencos locos.

Fueron entonces a otro almacén.

—¡Tán-tán! — ¿Tiene medias coloradas, blancas y negras?

El almacenero gritó:

—¿De qué color? ¿Coloradas, blancas y negras? Solamente a pájaros narigudos como ustedes se les ocurre pedir medias así. ¡Váyanse en seguida!

Y el hombre los echó con la escoba.

Los flamencos recorrieron así todos los almacenes, y de todas partes los echaban por locos.

Entonces un tatú que había ido a tomar agua al río, se quiso burlar de los flamencos y les dijo, haciéndoles un gran saludo:

—¡Buenas noches, señores flamencos! Yo sé lo que ustedes buscan. No van a encontrar medias así en ningún almacén. Tal vez haya en Buenos Aires, pero tendrán que pedir las por encomienda postal. Mi cuñada, la lechuza, tiene medias así, pídanse las, y ella les va a dar las medias coloradas, blancas y negras.

Los flamencos le dieron las gracias, y se fueron volando a la cueva de la lechuza.

Y le dijeron:

—¡Buenas noches, lechuza! Venimos a pedirle las medias coloradas, blancas y negras. Hoy es el gran baile de las víboras, y si nos ponemos esas medias las víboras de coral se van a enamorar de nosotros.

—¡Con mucho gusto! — respondió la lechuza. Esperen un segundo, y vuelvo en seguida.

Y echando a volar, dejó solos a los flamencos: al rato volvió con las medias. Pero no eran medias, sino cueros de víboras de coral, lindísimos cueros recién sacados a las víboras que la lechuza había cazado.

—Aquí están las medias — les dijo la lechuza. — No se preocupen de nada, sino de una sola cosa: bailen toda la noche, bailen sin parar un momento, bailen de costado, de pico, de cabeza, como ustedes quieran; pero no paren un momento, porque en vez de bailar van entonces, a llorar.

Pero los flamencos, como son tan tontos, no compren-

dían bien qué gran peligro había para ellos en eso, y locos de alegría se pusieron los cueros de las víboras de coral como medias, metiendo las patas dentro de los cueros que estaban como tubos. Y muy contentos se fueron volando al baile.

Cuando vieron a los flamencos con sus hermosísimas medias, todos les tuvieron envidia. Las víboras querían bailar con ellos, únicamente, y como los flamencos no deja-

y ya no podían más.

Las víboras de coral, que conocieron esto, pidieron en seguida a las ranas sus farolitos, que eran bichitos de luz, y esperaron todas juntas a que los flamencos se cayeran de cansados.

Efectivamente, un minuto después, un flamenco que ya no podía más, tropezó, se tambaleó y cayó de costado. En seguida las víboras de coral corrieron con sus farolitos, y alumbraron bien las patas

a mordiscos las medias. Les arrancaban las medias a pedazos, enfurecidas, y les mordían también las patas para que murieran.

Los flamencos, locos de dolor, saltaban de un lado para otro, sin que las víboras de coral se desénroscaran de sus patas, hasta que al fin, viendo que ya no quedaba un solo pedazo de media, las víboras los dejaron libres, cansadas y arreglándose las gasas de su traje baile.

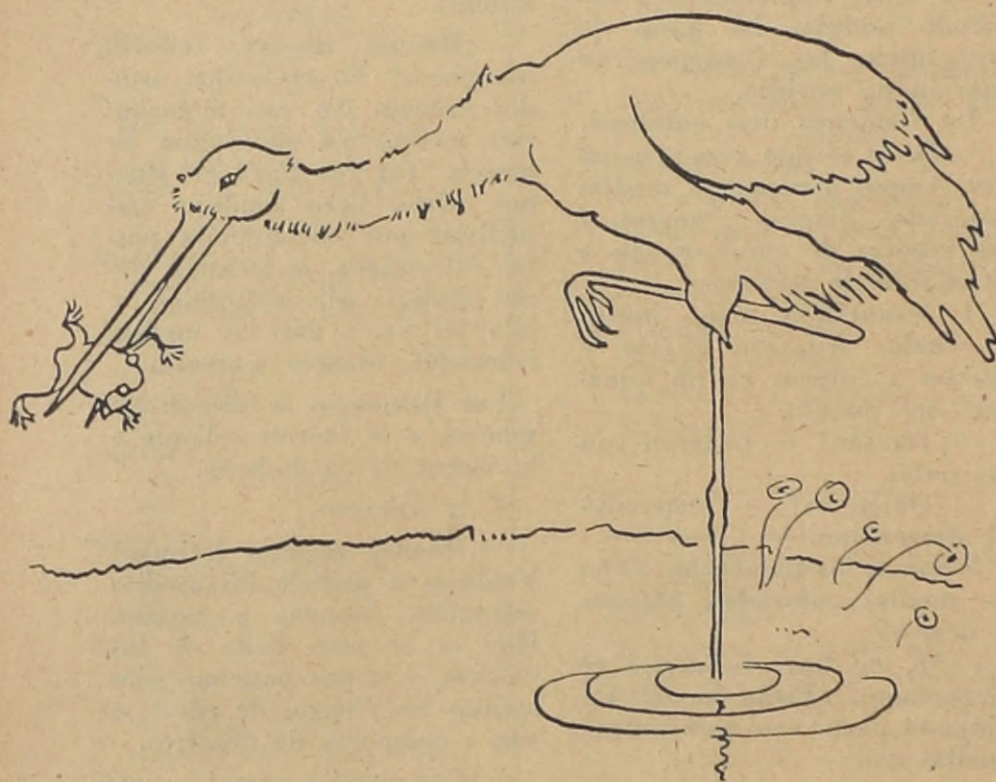
Además, las víboras de coral estaban seguras de que los flamencos iban a morir, porque la mitad, por lo menos, de las víboras de coral que los habían mordido, eran venenosas.

Pero los flamencos no murieron. Corrieron a echarse al agua, sintiendo un grandísimo dolor. Gritaban de dolor y sus patas, que eran blancas, estaban entonces coloradas por el veneno de las víboras. Pasaron días y días, y siempre sentían terrible ardor en las patas, y las tenían siempre de color sangre, porque estaban envenenadas.

Hace de esto muchísimo tiempo. Y ahora todavía están los flamencos casi todo el día con sus patas coloradas metidas en el agua, tratando de calmar el ardor que sienten en ellas.

A veces se apartan de la orilla, y dan unos pasos por tierra, para ver cómo se hallan. Pero los dolores del veneno vuelven enseguida, y corren a meterse en el agua. A veces el ardor que sienten es tan grande, que encogen una pata y quedan así horas enteras, porque no pueden estirla.

Esta es la historia de los flamencos, que antes tenían las patas blancas y ahora las tienen coloradas. Todos los pescados saben porqué es, y se burlan de ellos. Pero los flamencos, mientras se curan en el agua, no pierden ocasión de vengarse, comiéndose a cuanto pescadito se acerca demasiado a burlarse de ellos.



ban un instante de mover las patas, las víboras no podían ver bien de qué estaban hechas aquellas preciosas medias.

Pero poco a poco, sin embargo, las víboras comenzaron a desconfiar. Cuando los flamencos pasaban bailando al lado de ellas, se agachaban hasta el suelo para ver bien.

Las víboras de coral, sobre todo, estaban muy inquietas. No apartaban la vista de las medias, y se agachaban también, tratando de tocar con la lengua las patas de los flamencos, porque la lengua de las víboras es como la mano de las personas. Pero los flamencos bailaban sin cesar, aunque estaban cansadísimos

del flamenco. Y vieron qué eran aquellas medias, y lanzaron un silbido que se oyó desde la otra orilla del Paraíso.

—¡No son medias! —gritaron las víboras—. ¡Sabemos lo que es! ¡Nos han engañado! ¡Los flamencos han matado a nuestras hermanas y se han puesto sus cueros como medias! ¡Las medias que tienen son de víboras de coral!

Al oír esto, los flamencos, llenos de miedo porque estaban descubiertos, quisieron volar; pero estaban tan cansados que no pudieron levantar una sola pata. Entonces las víboras de coral se lanzaron sobre ellos, y enroscándose en sus patas les deshicieron

AVENTURAS de GALOPÍN

Cuento
J. A. BARREIRO

RESUMEN

Dibujo
W. IBARRA

MIENTRAS GALOPÍN Y JORGE HACEN PLANES PARA RESCATAR A BETY, ESTA ES BRUSCAMENTE APRESADA POR UNA MUJER DE SÓRDIDO ASPECTO



LA NIÑA VE AL FIN LA CARA DE LA MUJER Y PIENSA QUE, POR LO FEA, SERÁ HERMANA DEL CUIDADOR DE LA ENTRADA.



VEN CONMIGO, MUCHACHA... ¡OTRO NIÑO MAS! JUAN EL NEGRO TENDRÁ QUE AGRANDAR LA CUEVA...

LA LLEVA POR ESTRECHOS PASADIZOS CADA VEZ MÁS PROFUNDOS Y FRÍOS.



HAS LLEGADO A TU NUEVA CASA... ¡MIRA!

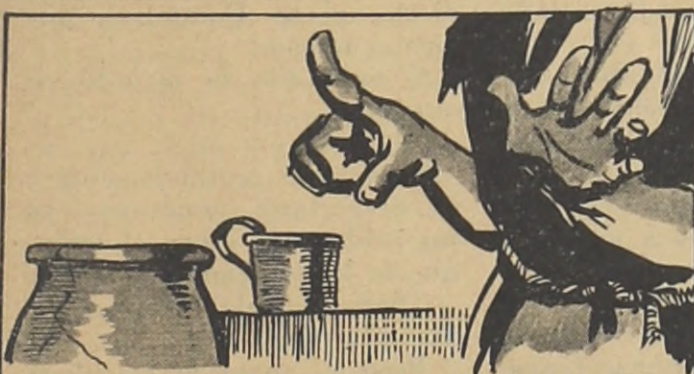
DESEMBOCAN FINALMENTE EN UN GRAN CLARO ILUMINADO CON ANTORCHAS



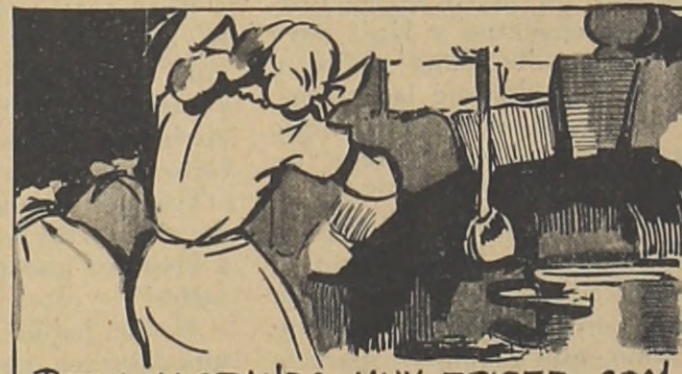
...Y BETY VE CON ASOMBRO A MÁS DE TREINTA NIÑOS QUE TRABAJAN SILENCIOSAMENTE



TODOS TIENEN LA TRISTEZA PINTADA EN SUS CARITAS Y PARECEN TEMER MUCHO A LA ANTIPÁTICA MUJER...



QUE EXPLICA A BETY EL MISTERIO DE TODO AQUELLO. SON PRISIONEROS QUE SERÁN VENDIDOS EN PAÍSES LEJANOS, POR JUAN EL NEGRO.



BETY, LLORANDO MUY TRISTE, COMPRENDE QUE NO PUEDE HACER OTRA COSA QUE OBEDECER Y TRABAJAR COMO LOS OTROS NIÑOS.

DIFICULTADES

¡Qué contenta había vuelto Dorcas de la Escuela, el miércoles por la tarde!

La Directora, gran amiga de sus alumnos, les había comunicado que el viernes próximo irían a realizar la excursión al Semillero Nacional "La Estanzuela", que les había prometido desde la primavera anterior, pero la que —por un motivo u otro— todavía no se había realizado.

Era el mes de octubre. Los campos estaban tan verdes y tan tapizados de flores, que eran un gozo para los ojos que sabían observar.

Los frutales parecían inmensos ramos de flores blancas o rosadas y los pajaritos no se cansaban de elevar sus cantos de gratitud al Creador.

En fin, estaban en plena primavera y a los niños les costaba poner atención a lo que las maestras les explicaban, porque toda la Naturaleza los llamaba puertas afuera, para llenarles los pulmones, la vista y los oídos de salud, belleza y armonía.

El jueves Dorcas lavó y planchó con la mayor prolijidad la mejor de sus dos túnicas escolares, planchó y colocó la corbata en ella y le pidió a la abuelita la pequeña valija, para ir poniendo en ella todo lo que la buena maestra les había recomendado: un cuaderno y lápiz para tomar apuntes, una toalla y jabón para lavarse las manos, y ante todo el almuerzo, que cada niño debía llevarse, no olvidándose de una botella de leche o limonada.

Era un día tan precioso el jueves aquel y Dorcas lo hacía todo con tanta alegría y entusiasmo, que realmente parecía que la hermosa primavera le hubiera entrado por todos los poros.

Antes de ir a acostarse se fué al patio a mirar el cielo

tan extraordinariamente estrellado, que sintió deseos de caerse de rodillas y darle gracias a Dios por tanta hermosura.

Es que Dorcas era una niña cristiana y ya había pasado días muy tristes en su joven vida de once años.

Hacía tres años que —en un hermoso día de primavera, como el de aquel jueves— había fallecido su querida madre, tan joven, tan linda y tan alegre.

Una tarde la había llamado junto a su cama y le había dicho: "Mi querida hijita, Dios me llama, pero yo sé que Él va a cuidar de mis hijitos. ¡El



es tan bueno! No te olvides nunca de orar, no sólo cuando te despiertas y cuando vas a dormir, sino todas las veces que lo necesites.

No hagas nada sin pedirle su bendición y tu vida será muy bendecida. Sé obediente y cariñosa con tus abuelitos y enséñales a tus hermanitos a serlo también.

Ora por tu padre, y yo desde allí arriba voy a ayudarlos a vivir así que yo pueda esperarles".

No le había dicho esto de una sola vez, porque se fatigaba al hablar. Pero se lo repetía durante varios días, para grabárselo bien en la memoria, y por cierto Dorcas no se había olvidado de nada.

Ese recuerdo la ponía más seria y con más sentido de responsabilidad del que tenían otros niños de su misma edad.

Pero esa noche desbordaba de felicidad.

Había oído hablar a otros niños de los encantos del Semillero: de sus hermosas flores; de las muchas plantas exóticas que cultivaban allí; de los cerditos y criaderos de aves; del laboratorio químico, donde explicaban verdaderas maravillas y sobre todo de la gran bondad de su director, que hacía cuanto estaba a su alcance para hacer pasar a sus visitantes un día provechoso y feliz.

¡Pasar el día entero al aire libre sin trabajar, pasear y jugar, ver y aprender tantas cosas nuevas... qué dicha!

De todo corazón le dio gracias a Dios y le pidió un día tan hermoso como el de aquel jueves.

Demoró largo tiempo en dormirse, pues desde su cama divisaba las refulgentes estrellas, que parecían ser mucho más numerosas y brillantes que otras noches... y luego hizo repaso en su memoria de todo lo bueno que tenía: su padre, aunque sólo lo veía de tiempo en tiempo; los abuelitos que se sacrificaban por ver contentos a los nietos; sus hermanitos y amigos, la Escuela diaria y la Dominical que amaba mucho.

Y todo ello lo recordó en oración.

.....
Se durmió profundamente y al despertarse temprano oyó un ruido raro sobre el techo, que le hacía temblar.

¿Sería posible? No, no podía ser.

Pero sí, ahora lo oía claramente: tic... tic... tic... y cada vez más fuerte: estaba lloviendo.

Saltó de la cama y miró por la ventana abierta: el cielo,

tan estrellado la noche anterior, estaba completamente cubierto de nubes y llovía, llovía...

Entonces Dorcas se fué otra vez a la cama, se cubrió con las frazadas para que no la oyesen y sollozó tristemente.

Y se puso a discurrir: Tanto que se había alegrado de hacer el paseo y le había pedido a Dios un día hermoso, ¿por qué no se lo había dado? ¿Por qué tenía que llover hoy mismo? ¿Dios no la quería?

Al llegar a este punto con sus pensamientos se incorporó y se dijo enérgicamente: "Sí, me quiere y... ¿cómo había dicho la instructora el domingo último: "Si Dios nos quita algo es para darnos algo mejor"?"

Y luego les había relatado un episodio del libro "Heidi", la que tanto, tanto anhelaba volver a sus queridas montañas y —aconsejada por una buena abuelita— le había pedido a Dios con todo fervor que la llevara de vuelta. Pero Dios no la había llevado, por lo que —con toda su fogocidad— le había declarado a la abuelita que orar no servía para nada.

Y ésta le había dicho entonces aquello, que la instructora había hecho repetir a sus alumnos:

"Cuando Dios nos quita algo es para darnos algo mejor".

Dorcas entonces no lo había dudado, pero ahora... ¿Qué cosa mejor podría darle que el hermoso paseo?

"Las dificultades son buenas, había dicho también la instructora, nos hacen fuertes y nos acercan más a Dios".

En todo esto pensó la niña y al final dijo aunque con un suspiro: "Que Tu voluntad se haga y no la mía", se levantó, se lavó las lágrimas, se vistió y se fué a la cocina, donde prendió el fuego, hirvió la leche y puso la mesa, todo sin hacer ruido. Acto continuo buscó su valijita y resueltamente sacó los huevos hervidos y puso uno en cada uno de los platos de los abuelitos y el tercero —que la abuelita le había dado para

una compañera pobre— lo partió y puso una mitad en cada platito de sus hermanitos; luego cortó el dulce de membrillo en cinco pedazos y también puso uno en cada lugar, el más grande para abuelita...

—¡Cómo me he dormido, seguro por la lluvia, exclamó ésta, cuando vino un rato después y al contemplar la mesa agregó: Pobre Dorcas, cuánto sentirás que llueve... lástima que no podrás hacer el paseo... ¡pero, qué bendición esta agua! hacía tanta falta! Estaba rendida anoche de tanto regar.

Y la nieta, tragándose un suspiro le dió un abrazo y le contestó alegremente: "Mejor así, abuelita, así te ayudo a tí, que siempre trabajas demasiado. Todavía tienes toda la ropa de la semana sin planchar, ésto lo voy a hacer yo esta tarde y tú vas a descansar.

Durante toda la maña Dorcas ayudó a arreglar la casa, preparar la comida, entretener a los hermanos y después del almuerzo instó a la abuelita que se acostara a dormir siesta, mientras ella quería limpiar la cocina, con la ayuda de los hermanitos, ya que no podía ir a la escuela, pues seguía lloviendo sin cesar.

Después de haber dejado todo limpio se sentó un rato para descansar y contarles un cuento a los pequeños, después de lo que calentó la plancha y empezó a planchar, cosa que nunca le había gustado hacer, porque requería tanta paciencia.

Pero cuando la abuelita se hubo levantado y quiso seguir ella planchando, le dijo: "No abuelita, hoy tienes que descansar tú, es decir, puedes trabajar sentada; aquí ya te traje tu silla con la almohada y tu costurero; así, mientras yo plancho tú compones todo lo que encuentras roto —como dijiste que lo hacías cuando te ayudaba mamita. Así después ya guardamos toda la ropa en

su lugar y no tienes que preocuparte más por ella.

.....
Cuando Dorcas se acostó esa noche estaba muy cansada, pero aún más contenta que la anterior y oró de todo corazón "Te doy gracias, Jesús, porque me ayudaste a vencer las dificultades y porque la hice feliz a abuelita".

Y en sueños vió —entre las nubes que aún seguían destilando su precioso néctar— la cara de su madre, tan radiante como las estrellas de la noche anterior, que le decía: "Te portaste muy bien hoy, Dorcas, Jesús también lo dice".



PAISAJE

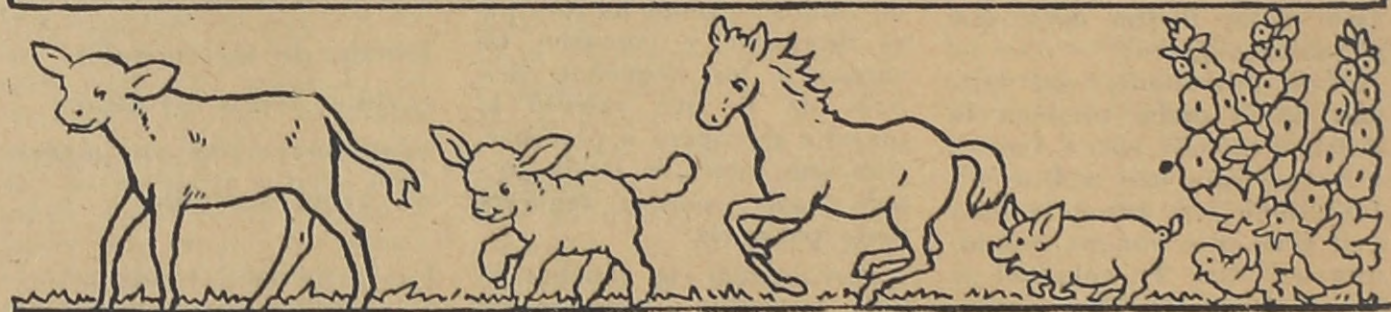
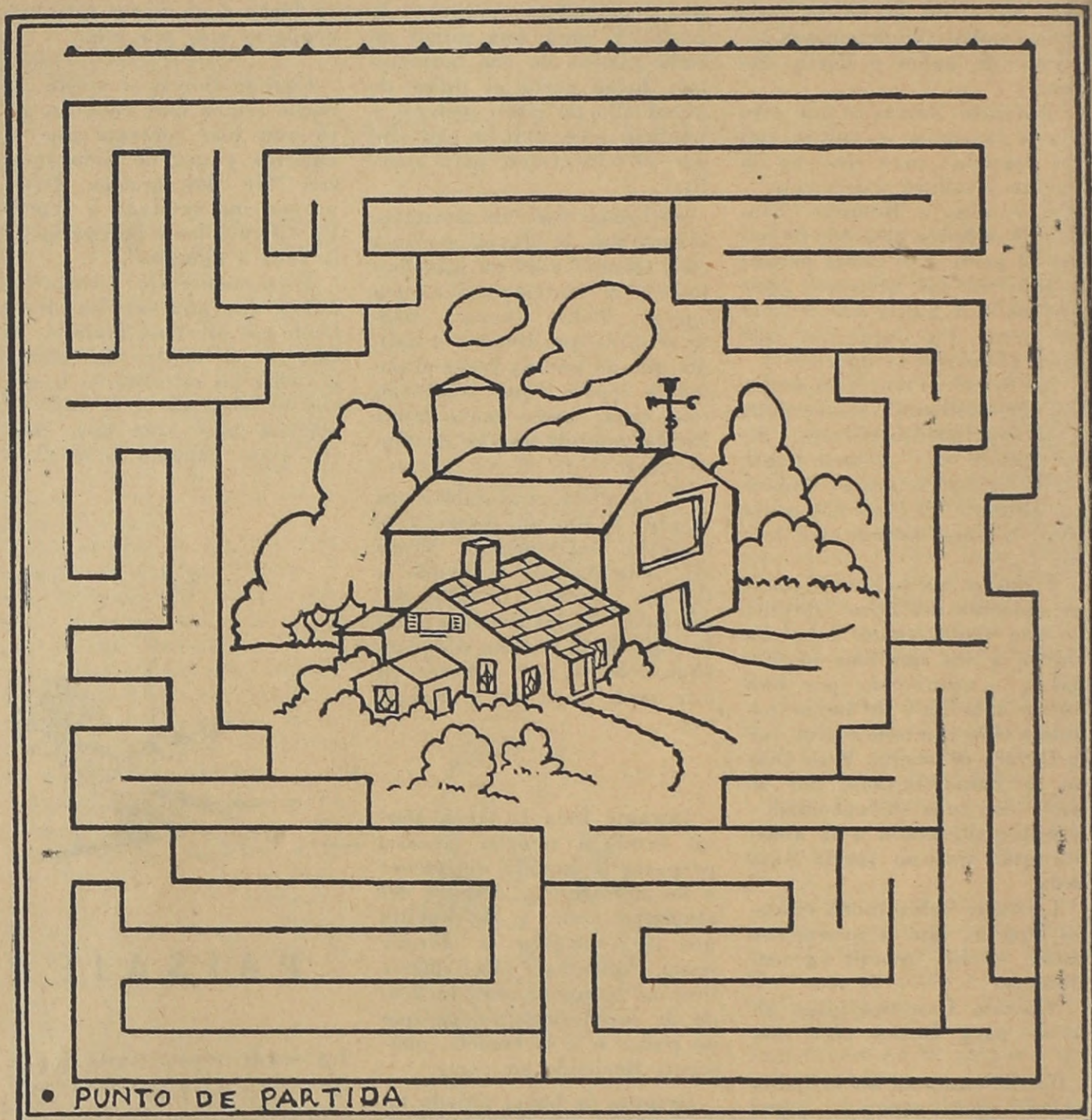
La tarde equivocada
se vistió de frío.

Detrás de los cristales
turbios, todos los niños,
ven convertirse en pájaros
un árbol amarillo.

La tarde está tendida
a lo largo del río.
Y un rubor de manzana
tiembla en los tejadillos.

Federico García Lorca





! VAMOS A LA GRANJA !

Vemos muchos caminos... pero uno solo lleva a la granja. ¿Podrán encontrarlo?

Tomaré un lápiz y comenzaré a trazar una raya continua, saliendo del "punto de partida". No podré atravesar ninguna línea ni volver atrás. Tampoco podré saltar ningún espacio, ni levantar el lápiz del papel. Cada vez que me pierda, comenzaré de nuevo hasta encontrar el verdadero camino. Luego, pintaré la lámina con mis lápices de colores o con mis acuarelas.

Campamento de Niños

EL REINO DE LO INESPERADO



Yo sabía muy bien que vería cosas por demás hermosas en estos días de Verano. A decir verdad, estuve muy ocupado durante estas últimas semanas, pero esas ocupaciones las olvidé cuando visité un Campamento de Niños, en Montevideo.

Quisiera relatarles, algo de lo mucho que ví durante los días que estuve en ese Campamento.

El Campamento se llevó a cabo en el Balneario Pajas Blancas, en el Departamento de Montevideo. Los niños (veintinueve en total; de 7 a 12 años de edad) se ubicaron en las instalaciones de la *Casa de la Amistad*. Se trata de una casita muy cómoda, con capacidad para unas 40 personas y situada en un amplio terreno, completamente poblado de altos y frondosos eucaliptus y de otras variedades de árboles. Como los días eran tan hermosos y las noches tan cálidas yo instalé mi alojamiento en la rama más alta del eucaliptus más alto que encontré en el Campamento, dispuesto a no perder un solo detalle de todo lo que allí ocurriese.

El Campamento fué organizado, según oí decir, por la Federación Juvenil Evangélica. Había un conjunto de maestros jóvenes muy conscientes de su importante labor. Supe sus nombres. Eran: Sra. Esther S. de Capó, Sra. Berta O. de Barreiro, Srtas. Sonia Peyrot y Ruth Pereyra; Sres: Carlos Casalís, Alejandro Parnás y César Pebé. El Campamento fué administrado por la Srta. Blanca Puech. El Director del mismo fué el Sr. Julio A. Barreiro.

Bueno, dejemos estos detalles que quizá no le interesen mucho a nuestros amiguitos

¡Qué atractivo era el programa diario!

A las siete de la mañana, ¡levantarse! Luego, los niños hacían su aseo personal.

Este incluía la limpieza de los cuartos en que dormían. Cada cual debía tender su propia cama. Además durante el día, los niños divididos en equipos trabajaban sirviendo la comida, lavando y secando platos, etc.

A las ocho y media, ¡desayuno!

A las nueve, clases de educación religiosa. Los niños se dividieron en tres grupos, por edades, que estudiaron los siguientes temas: «Hogares de ayer y de hoy», «Barcos de la Biblia», y «Las parábolas de Jesús».



A las diez, ¡a la playa! La playa quedaba a unas cinco cuadras del lugar donde habitábamos. Un hermoso camino rodeado de altos árboles y de extensas dunas conducía hasta el mar. Al llegar a la playa encontramos más dunas. ¡Cuántas volteretas me di en la blanca y limpia arena, junto con mis amiguitos!

En la playa se hacían juegos y después se tomaba el baño. A las once y media todos los niños regresaban y, entonces, se servía el almuerzo. De la una hasta las tres de la tarde, se hacía la siesta. Muchos pequeños ponían caras pesarosas cuando los mandaban a descansar, pero realmente esas dos horas de siesta eran muy necesarias.

De tres a cuatro de la tarde había una hora de trabajos manuales, para todos los niños.

A las cuatro se servía el té. De cinco a siete de la tarde se hacían excursiones o caminatas por los alrededores o, de lo contrario, se organizaban juegos muy variados dentro del Campamento. A las siete se hacía la reunión de *Puesta del Sol*, con cantos religiosos, que los pequeños aprendían bajo la dirección de uno de los maestros, observación de la naturaleza, y momentos de oración.

La cena se servía a las ocho. Y el día se terminaba con el Fogón, o sea, con la reunión de todos los acampantes alrededor del fuego. Allí se contaban cuentos, se guardaban momentos de silencio para observar la naturaleza y para escuchar los bellos y curiosos ruidos de la noche, se cantaban himnos y se hacían oraciones guiadas por los propios niños. Era éste, uno de los momentos del día más deseado por los pequeños acampantes.

He relatado, sintéticamente, en que consistía el programa del Campamento. Pero, ¿acaso creen Uds. que lo he dicho todo? ¡Oh, no! Por cierto que no.

Los maestros ejercían una vigilancia tan constante como cariñosa sobre los niños. Se vigilaban todos los detalles de las comidas, de las horas de reposo y del estado de salud de cada niño en particular.

Diariamente se calificaba con puntos a cada uno de ellos, en conducta, higiene, trabajo, aplicación y limpieza de la habitación y cama.

Y además, se preocuparon para ofrecerles el programa más variado y completo que hasta ahora haya visto yo, en un Campamento de niños.

Daré algunos ejemplos.

Las excursiones se hicieron en la primera semana, aprovechando el estado físico favorable de los niños. No puedo relatar aquí todos los lugares que fueron visitados, porque me extendería inútilmente. ¡Pero como se divertieron los pequeños con estas excursiones y cuántas cosas nuevas aprendieron! Muchos de ellos era la primera vez que habían salido de sus casas, para asistir a un Campamento. Olvidaba decir que el Cam-



↑ CAMINO A LA
PLAYA, ENTRE AL-
TAS DUNAS



En el



← UNA CLASE DE
EDUCACION RE-
LIGIOSA



→ EN LA HORA DE
TRABAJOS MA-
NUALES

→ ¡RAPIDO, NOS
ESTAN LLA-
MANDO!



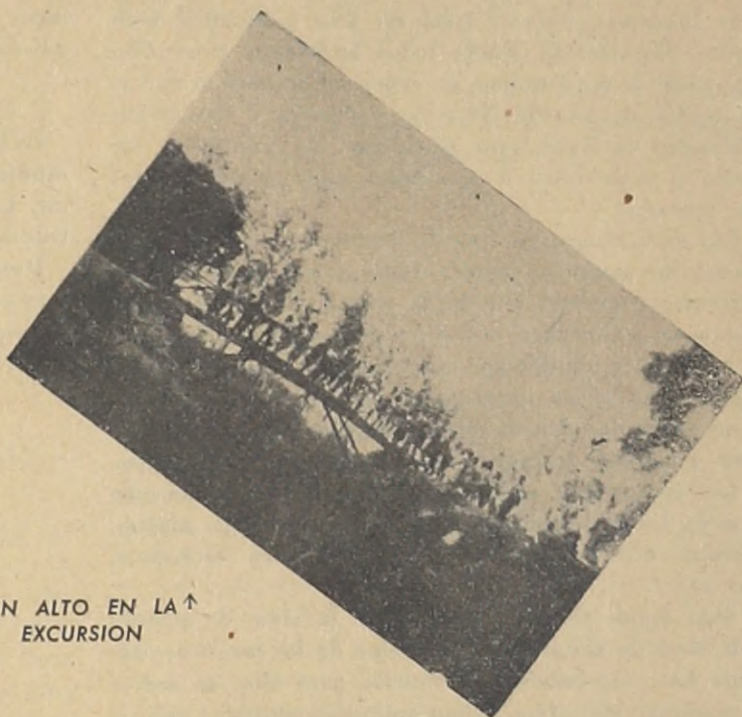
← DOS BUENOS
AMIGOS



← UN REÑIDO PAR-
TIDO DE VOLLEY-
BALL



→ POSANDO PARA
"ARCO IRIS", EN
LA PLAYA



UN ALTO EN LA ↑
EXCURSION

o a m e n t o



← DANZANDO, A LA
HORA DEL CRE-
PUSCULO



EN LA MESA →

¡AL AGUA, PATO!



¡QUE LINDA CA-
MINATA!



PRONTO SE PON-
DRA EL SOL



¿QUIEN ROMPERA
LA PIÑATA?



pamento estaba compuesto por niños que venían de hogares pudientes y por niños que venían de hogares muy modestos. Se establecía así una comunidad realmente democrática, donde todos aprendían cosas nuevas, gozaban en conjunto de experiencias muy hermosas en medio de aquella Naturaleza pródiga y establecían amistades cariñosas, sin distinción de posiciones sociales y económicas a que tanto están acostumbrados los mayores.

Las excursiones, en síntesis, incluyeron: visita a una fuente de aguas surgentes; visita a un tambo de las cercanías y observación de la crianza de animales; visita a un colmenar; excursión de un día entero, por la costa, interrumpida por una tormenta; ¡qué divertido fué! visita a las instalaciones de una poderosa estación de radio, situada cerca del Campamento; excursión a montes cercanos, atravesando campos, etc. etc.

Los juegos que se hicieron en el Campamento fueron de los más variados: volley-ball, foot-ball, piñatas, carreras de embolsados, rondas, el tesoro escondido, etc. etc.

Algo digno de destacarse fueron la clase de pintura y la clase de gimnasia rítmica. Uno de los maestros, que tenía los conocimientos necesarios para ello, se dedicó a averiguar que niños tenían aptitudes naturales para el dibujo y para la pintura. Descubrió un buen grupo que bajo su dirección, se dedicó, varios días, con toda alegría y entusiasmo, a pintar paisajes de los alrededores. Aquello fué, realmente, un hallazgo de talentos. Los niños hicieron trabajos notables por su belleza y colorido. Muchos de ellos por primera vez tomaban pinceles en sus manos.

Dos de los maestros se dedicaron a crear una clase de gimnasia rítmica entre las niñas que demostraban poseer aptitudes naturales para ello. A cargo de este grupito de niñas estuvieron algunos de los momentos realmente inolvidables del Campamento, cuando interpretaron, a la luz del fuego, o a la luz de la luna llena, en la playa, algunos ballets creados por ellas. Los maestros comprobaron una vez más la existencia de una gracia natural e instintiva en el niño, que suele perderse con el paso de los años.

Algunas noches, a la hora del fogón, fueron ofrecidos conciertos para niños. Los maestros habían llevado consigo un gramófono y varias obras musicales, grabadas en discos. Se explicaba previamente el sentido de esas obras y luego se daba el concierto que hacía la delicia de los niños. Particularmente, los niños gustaron de «La Mañana» de Grieg y de «Pedro y el Lobo» de Prokoieff.

La clase que estudiaba «Las Parábolas de Jesús» tuvo a su cargo la dramatización de algunas de ellas, que eran representadas en el fogón. Se representaron: «El buen Samaritano», «El siervo infiel» y «El tesoro escondido».

Una de las noches, contando con la amable colaboración del Servicio de Información y Prensa de la Embajada Norteamericana se le dió a los niños una función de cine sonoro, instructivo, al aire libre.

Otra de las noches, haciendo uso de un proyector luminoso, se pasaron diversas placas en colores mostrando la vida y las costumbres de otros países.

¡Cómo me divertí yo también! No puedo contar, por otra parte, los momentos de risa y de algarabía

de aquellos pequeños porque fueron muchos. Bien podía decirse de este Campamento, lo que los propios niños expresaban en una de las canciones que aprendieron:

Reina alegría, reina alegría,
cuando entre cielo y tierra hay armonía.

Durante las horas de trabajos manuales, pintaron, dibujaron, escribieron, fabricaron figuras con tiza, etc., etc. Un día hicieron, en la playa, un concurso de construcciones en la arena.

Durante la hora de los cantos, ¡cuántas canciones nuevas aprendí junto con ellos! Llamaba la atención la predilección que los pequeños sentían por los himnos religiosos.



Y hablando de cosas divertidas, solamente referiré una: cuando los acampantes llegaron a la *Casa de la Amistad*, vivía allí una pequeña e inteligente perra. Supimos después que no tenía dueño. La perrita se encariño muchísimo con los niños. Si hacíamos excursiones, allá adelante iba la perra. Si íbamos a la playa, allá iba la perra. Era la primera en zambullirse en las aguas del río. Cuando dormíamos la siesta, ella también la dormía. Si algún extraño se acercaba al Campamento, ¡que mala se ponía! Si jugaban al foot-ball o al volley-ball, allá iba la perra detrás de la pelota. Fué una amiga fiel y muy cariñosa. Por eso, un día los niños decidieron bautizarla. Nombraron dos padrinos y dos madrinas entre ellos mismos. Luego de mucho conversar decidieron ponerle este nombre: *Alfa*. Y una tarde se hizo una gran fiesta en honor de la perra. El Director del Campamento la bautizó en nombre de todos. Luego se hicieron piñatas y otros juegos y por último, en la cena, como postre se sirvió crema. Entre cucharada y cucharada, los pequeños gritaban: ¡Viva *Alfa*, viva la perra! El pequeño animal parecía que comprendía aquella retribución de cariño. Por eso lloró tanto el día que nos fuimos y nos persiguió hasta que salimos del Balneario.

¡Estas son algunas de las muchas cosas que vi desde mi vivienda transitoria, arriba de aquel eucaliptus!

Cuando terminó el Campamento los maestros estaban

(Concluye en la pág. 16)



Mi Rincón ...

(ESTA PAGINA ESTARA DEDICADA
A PUBLICAR LAS COLABORACIONES
QUE NOS ENVIAN NUESTROS LEC-
TORCITOS)

Impresiones del Campamento de Niños

Lo que este Campamento ha significado para mí, es mucho más de lo esperado. En el viaje de ida, mientras observaba a mis compañeros pensé que, en fin, sería este Campamento como cualquier otro. La organización fué muy buena y el día fué muy bien distribuido. Lo que más me gustó de estos días pasados fué, especialmente, el espíritu de compañerismo, no solamente entre nosotros sino también entre el maestro y el alumno. Por doquier que fuéramos iba delante nuestro una estela luminosa de alegría y felicidad. Un espíritu de unión y camaradería siempre se sentía en nosotros a cualquier hora. De las actividades del día la más deseada fué la hora del fogón. Había siempre algo lindo para pensar, la naturaleza para admirar, los amigos para apreciar. Nunca gocé tanto como tener aquél minuto de silencio que se repetía noche tras noche mientras nuestras miradas se posaban en las furiosas chispas, en las brillantes estrellas o en las hojas de los árboles al mecerse suavemente. Doy gracias a Dios y a todos ustedes, porque nos han hecho pasar estos días como en una Arcadia de felicidad.

María Rosa Capó
11 años

Cuando llegamos, el día 10, estuvimos la mayor parte del tiempo acomodando valijas y buscando el lugar para acomodarnos nosotros, luego todo se desarrolló en perfecta armonía.

Nos levantamos a toque de diana, o mejor dicho, a toque de pito y hacemos cola para asearnos; esto lo encuentro divertidísimo.

Luego el team del desayuno hace de: cocinero, lavaplatos, mozo, etc. y luego de comer dicen las notas con la consiguiente inquietud nuestra.

Después del arreglo de las camas, clases de educación religiosa en las cuales aprendemos a veces, hasta más que en la Iglesia, el baño junto con el ejercicio físico, y luego, de vuelta al campamento.

La comida, después de haber dicho la oración en completo silencio.

En fin, el Campamento según mi parecer, es lindísimo.

Guillermo Pérez Rosell
12 años

En este Campamento he encontrado otro hogar, después del de mis padres, digo esto porque todos nuestros líderes y amigos que he encontrado aquí, sí que son verdaderos compañeros.

El paisaje que nos rodea es muy agradable y saludable para nuestros pequeños cuerpos. El sol brilla con más fuerza. La brisa que corre es muy suave. Después de estar en este hogar 15 días, ví que en el mundo no hay solo gente para hacernos mal, sino que gente muy bondadosa. Hoy se cumple el plazo de los 15 días. Al irnos nos llevamos muy buenos recuerdos de aquí, por ejemplo: lo buenos que son nuestros cuidadores, los niños lo mismo, todas las bellas sorpresas que nos dieron, las caminatas y los bellos cantos que nos enseñaron y los bailes también.

¡Qué bello es estar en un campamento así, tan alegre y bueno!

María Catalina Castro
12 años



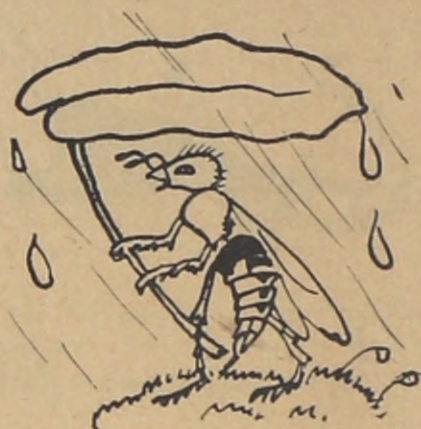
A mí me gustó mucho este Campamento. Vamos todos los días a la playa. En la playa jugamos a la pelota y hacemos gimnasia. Fuimos a ver dos toros, uno de tres meses y otro de 4 años. El de tres meses costó 10.000 pesos. Vimos "El Polvorín". Vimos cómo un hombre sacaba la miel de las colmenas.

José R. Beltrami
8 años

A mí me gustó mucho este Campamento. Los niños y niñas como también los maestros son todos buenos. También me gusta mucho el Campamento porque aprendemos muchas cosas de Dios y muchas otras cosas muy interesantes. También fuimos a la playa y a hacer excursiones. ¡Qué alegres son los Campamentos! Yo deseo ir a otro el año que viene.

Stella Frisch
10 años

GINGA - GON



HABIA una vez una niña que se llamaba Ginga-Gon, nombre que quiere decir Sol de la Mañana. Vivía junto al mar, en una casa pequeña que tenía paredes de caña de bambú y techo de hojas de palmera. Detrás de la casa, no lejos, la selva levantaba sus árboles altos.

Allí la niña negra era feliz; durante el día corría por la playa, o iba hasta la selva, donde los pájaros se posaban en sus manos y en sus hombros. Al caer la tarde, siempre al caer la tarde, la niña negra se ponía un vestido rojo con pintas blancas que el padre le había traído una vez desde la ciudad lejana, y se sentaba ante la puerta de la casa. Se quedaba allí, quietecita, viendo como la noche se tragaba al mar.

En el cielo se encendían las luces lejanas de las estrellas, y las palmeras parecían saludarlas desde lejos, balanceándose. Entonces la madre le preguntaba a la niña negra: ¿Qué haces allí, Ginga-Gon, tan quietecita? La niña negra no respondía. Pero sonreía dulcemente, mostrando sus blancos dientes de mazamorra. No respondía, la niña negra. Guardaba en secreto un dulce sueño. Un dulce sueño.

De tiempo en tiempo, el padre de la niña negra cargaba su piragua de cocos y remando, remando, se internaba en el mar para ir a venderlos a la ciudad lejana. Y había sido al regresar un día, cuando el padre le había dicho: "Ginga-Gon, en la ciudad hay pequeñas muñecas blancas; tienen cabellos claros y ojos del color del mar. Un día te traeré una, Ginga-Gon, y podrá dormir en tus brazos cuando tú, al caer la tarde te sientes ante la puerta de nuestra casa".

Desde entonces había esperado la niña negra... Esperó mucho, mucho tiempo. Cada día pensaba palabras más lindas para decirle a su muñeca cuando llegara. Palabras lindas, para decirle a la muñeca que tendría cabellos claros y ojos color del mar. Una mañana, al alba, el padre despertó a la niña negra: "¡Ginga-Gon ven mira!" — Ante la casa, lista para partir descansaba la piragua, cargada de cocos como nunca.

—Voy a vender toda mi carga, Ginga-Gon, y he de traerte la muñeca blanca. Después que pa: en dos soles, volveré, Ginga-Gon. — Agil, empujó la piragua hacia el mar y remó velozmente.

—¡Adiós, Ginga-Gon! ¡Ginga-Gon! ¡Adiós!

La niña negra le miró alejarse. Sonreía la niña negra y bajo el sol de la mañana brillaban sus dientes de mazamorra. Pasó una vez el sol sobre el cielo: era un día. Ginga-Gon pensaba: "Mañana estará aquí mi padre, en su

piragua traerá la muñeca blanca con cabellos claros y ojos color del mar".

Y pasó otro sol por el cielo: eran ya dos días.

—Hoy vendrá, hoy vendrá... pensaba Ginga-Gon. Se puso su vestido rojo con pintas blancas y fué a sentarse ante la puerta de su casa. Lejos, miraba lejos, esperando. Veía a las olas mecerse suavemente mientras la brisa de la tarde jugaba entre los árboles.

—Ya estará cerca... La piragua apareció de pronto sobre la cresta blanca de las olas. Ginga-Gon corrió hacia la orilla. Sus piecitos negros se movían rápidos sobre la arena dorada.

—¡Ya está aquí mi muñeca!

Ginga-Gon corría por la playa viendo como la piragua se acercaba.

—¡Padre! — llamó. Pero no obtuvo respuesta. ¡Padre, padre! No te ocultes...

Nadie respondía desde la piragua. Hasta que el mar la dejó, blandamente sobre la arena. Ginga-Gon se acercó:

—¿Padre, por qué te ocultas?

Ya junto a la piragua, Ginga-Gon miró adentro. Sobre el fondo, una muñeca pequeña sonreía. Nadie más. Una muñeca blanca que tenía cabellos claros y ojos del color del mar. Ginga-Gon la tomó entre sus manos. Sus piecillos corría rápidos hacia la casa pequeña. ¡Madre! madre!, llamó mostrando su muñeca. La madre vió lejos, la piragua quieta.

—Ginga-Gon, ¿y tu padre?

Ginga-Gon no respondió. Sólo sabía que entre sus manos tenía una muñeca blanca. Por eso se sentó ante la puerta de la casa, a la hora en que cuatro peces voladores arrastran el sol hasta el fondo del mar para que se haga la noche.

—Duérmete muñeca blanca, duérmete...

Era feliz Ginga-Gon. Sonreía mientras le cantaba a la niña blanca:

Préstame tu sueño, acutipurú,
para que mi hijito se pueda dormir,
su... su... su... su...

MADRE e hija esperaron con la esperanza de que el padre regresara. Pero el padre había quedado entre las olas que cantaban, rodando su canción de distancias.

—Ginga-Gon —dijo un día la madre— voy

a ir a la ciudad, tu padre no ha vuelto.

—¿Me llevarás?

—No Ginga-Gon, el mar es grande y la ciudad distante...

—¿Me dejarás aquí en nuestra casa, con mi muñeca blanca?

—Eres muy pequeña para quedarte sola. Dentro de la selva, junto al arroyo grande, vive la vieja abuela Jinka, en su choza te quedarás hasta que yo regrese.

—Madre, quiero quedarme aquí.

—Eres pequeña...

Verdad, era pequeña. ¿Cómo podrían comprender que ella hubiera querido quedarse, frente a la casa de paredes de cañas de bambú y techos de hojas de palmera? Cerraron la casa y marcharon a través de la selva, hasta la choza de la abuela Jinka. La madre le dijo:

—Abuela Jinka, voy a la ciudad; te dejo mi hija, pronto volveré.

—Déjala, déjala...

Cuando llegó la noche, Ginga-Gon se sentó ante la choza de la abuela Jinka. Tenía entre sus brazos la muñeca blanca. Para que se durmiera le cantó dulcemente:

Préstame tu sueño, acutipurú,

para que mi hijito se pueda dormir...

su... su... su...

Le cantó, como allá frente al mar. Sólo que su canto era ahora más triste.

Amaneció, y el canto de los pájaros y el rumor de las hojas en la selva despertaron a Ginga-Gon. También despertó la abuela Jinka.

—Levántate, Ginga-Gon, ayúdame a limpiar la choza, a encender el fuego, a traer agua del arroyo...

—Abuela Jinka, mi madre me dejaba jugar todo el día... ¿No ves que soy pequeña, abuela Jinka?

—¡Ayúdame! ¿Me oyes? ¡Ayúdame!

—¿Y quien cuidará mi muñeca, abuela Jinka?

—Déjala en un rincón.

—Llorará abuela Jinka, ¡no la separes de mí!

—¡Déjala!

—¡No quiero, no quiero!

La abuela Jinka arrancó de los brazos de Ginga-Gon la muñeca y le dijo:

—Ve a buscar leña para encender el fuego.

Ginga-Gon se alejó. Sus ojos lloraban en silencio. En la choza en un rincón oscuro, la muñeca caída apoyaba su cuerpo sobre la tierra. Revueltos los cabellos, los brazos y las piernas dobladas en ridícula pirueta.

Ginga-Gon se internó en la selva. Y juntó leña para encender el fuego, y limpió la choza, y llevó agua desde el arroyo, y juntó cocos para la comida. Hacía todo lentamente; era pequeña y en su vida lo único que había hecho era jugar.

En algún momento quiso tener la muñeca entre sus brazos. Pero la abuela Jinka vigilaba atenta.

—¡Trabaja, Ginga-Gon, deja la muñeca!

Trabajó hasta que las primeras sombras de la noche cayeron sobre la selva. Se sentía muy cansada y muy triste.

—¿Abuela Jinka, puedo ahora tomar mi muñeca?

—Sí.

Ginga-Gon fué a buscarla. Estaba allí en un rincón oscuro, los brazos y las piernas haciendo una ridícula pirueta. La estrecho fuerte, más fuerte que nunca, y fué a sentarse ante la puerta de la choza. Comenzó a cantarle con voz suave.

Préstame tu sueño, acutipurú...

La mecía moviéndola en rítmico vaivén. Después se quedó quieta acariciando los cabellos claros, besando los ojos color de mar, hablándole bajito para no despertarla.

—Nunca más te quedarás sola, caída así, sobre la tierra...

Entró en la choza. La abuela Jinka dormía ya.

La muñeca blanca durmió toda la noche entre los brazos de la niña negra.



AL día siguiente, antes que la abuela Jinka, despertó Ginga-Gon. En silencio salió de la choza. No se alejó mucho. Llevaba con ella la muñeca blanca. Comenzó a cortar rápidamente, en trozos muy pequeños, hojas de árboles, de lianas, de hierbas olorosas y tiernas. Y las llevaba a la choza, amontonándolas, mientras la abuela Jinka continuaba durmiendo. ¿Cuántas veces marchó la niña negra desde la choza a la selva, desde la selva a la choza? Llevaba hojas, hojas y más hojas, siempre cortadas en trozos pequeños. Cuando el montón fué grande, las extendió sobre el piso de tierra, formando un blando lecho. Allí acostó a la muñeca que parecía sonreír.

—Juntaré leña, limpiaré la choza, cargaré agua, juntaré cocos, pero ya no quedarás sobre la tierra como ayer...

Así hablaba la niña negra, cuando despertó la abuela Jinka.

—¿Qué has hecho Ginga-Gon?

—Abuela, quiero que mientras trabajo mi muñeca quede aquí, sobre la cuna de hojas.

Se enfureció la abuela Jinka.

—¡Sácalas! ¡Sácalas! ¡Saca las hojas de la pieza! ¡Quiero la choza limpia!

No esperó. Ella misma arrojó la muñeca a un rincón y, rápida, sacó las hojas de la choza. Ginga-Gon quiso tomar la muñeca en sus brazos.

—¡Déjala allí, a trabajar, a buscar leña!

Ginga-Gon marchó hacia la selva. Pero no juntó leña, comenzó otra vez a cortar hojas en trozos pequeños. Y las llevó nuevamente hasta la choza, amontonándolas en su interior. Hasta que la vio la abuela Jinka.

—¡Otra vez Ginga-Gon? ¡Fuera con eso! ¡A buscar leña!

—Abuela Jinka, mi muñeca llora si la dejas sobre la tierra...

—¡A buscar leña, he dicho!

Y la abuela Jinka volvió a limpiar de hojas la choza.

Ginga-Gon marchó a la selva. Y volvió a cortar hojas en trozos pequeños. Y volvió a llevarlos a la choza, porfiadamente. La abuela Jinka se enfureció.

—¡Voy a castigarte Ginga-Gon!

La castigó. Después, de nuevo limpió la choza.

—¡A buscar leña!

Pero la niña negra llevó hojas cortadas en trozos pequeños.

—¡Eres mala Ginga-Gon, eres muy mala! Has de obedecerme, o te castigaré más todavía.

—¡No abuela Jinka, déjame ir a cortar leña! Ahora iré, sabes?

La abuela Jinka le creyó. Y como ya era muy avanzada la mañana y todavía le era necesario llevar agua desde el arroyo, dejó sola a Ginga-Gon, delante de la choza. Entró entonces Ginga-Gon, tomó la muñeca entre sus brazos y corrió hacia la selva. Corrió mucho, huyendo. ¿Cuánto caminó? ¡Quién sabe! Se sintió cansada y se detuvo. Al pie de un árbol se sentó, escuchando; sólo se oían los mil murmullos misteriosos de la selva. Entre los brazos de la niña negra feliz, la muñeca blanca sonreía. Ginga-Gon le habló:

—¿Estás cansada? ¡Hemos corrido tanto!

La muñeca blanca sonreía. Nada más. Sonreía.

—Voy a hacerte una cuna, una cuna blanda, y podrás dormir, dormir...

La dejó sobre la hierba y comenzó a cortar hojas en pequeños trozos. Cortó muchas, muchas hojas. Las extendió, como en la choza de la abuela Jinka. Y sobre el lecho blando y oloroso acostó a la muñeca blanca.

—¿Estás cansada?

La cantó para que se durmiera.

Préstame tu sueño, acutipurú...

Con su propio canto, ella también se quedó dormida.

CUANDO despertó era ya de noche. Una oscuridad muy grande envolvía la selva; mil rumores, mil ruidos misteriosos nacían de los árboles; los troncos, muy altos, parecían gigantes descomunales, y las ramas, movidas por el viento, eran brazos descarnados y oscuros que parecían querer atrapar a la niña negra. Algunas fieras rugían lejanas...

Temerosa Ginga-Gon apretó contra su pecho a la muñeca. Sentía frío, un frío inmenso que la inmovilizaba. Comenzó a sentir miedo, un miedo, más

grande que la selva, más grande que el frío que iba cubriendo su cuerpo.

—Muñeca, tengo miedo... ¿Dónde estará mi padre, muñeca? ¿Dónde mi madre? ¡Tengo miedo, muñeca! ¡Ay, si pudiera ocultarme bien, si pudiera hacerme pequeña, muy pequeña y esconderme debajo de la tierra!

Miraba la noche, la noche oscura. Los altos troncos seguían pareciéndole gigantes movidos por el viento; las ramas, brazos descarnados que querían atraparla.

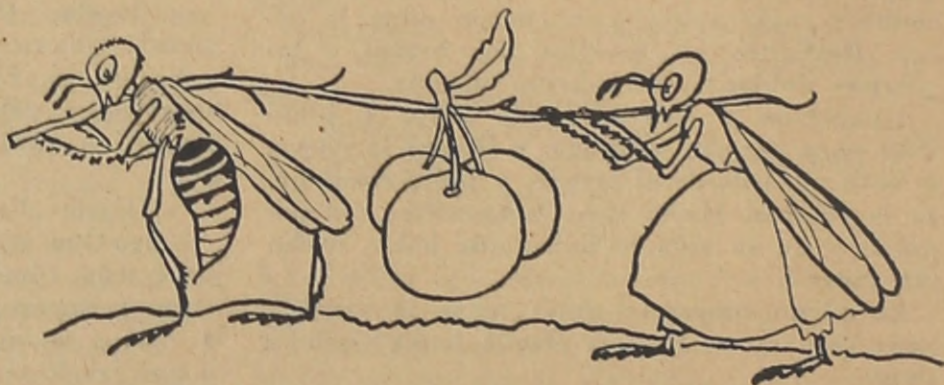
—¡Ay! ¡Si pudiera hacerme pequeña, muy pequeña y esconderme debajo de la tierra! Y su deseo se cumplió. Comenzó a empequeñecerse, lentamente, hasta hacerse delgados como un hilo, sus brazos y piernas. Vió como se iba transformando en un animalito minúsculo, que comenzó a caminar sobre esos brazos y esa piernas convertidas en débiles patitas. Junto con ella, ¡oh milagro! empequeñecía la muñeca blanca. Quiso ocultarse, ocultarse bien, donde no la amenazaran aquellos descomunales gigantes de brazos descarnados y oscuros; donde no pudiera escuchar el rugido lejano de las fieras, los murmullos misteriosos de la selva. Quiso ocultarse bien. Sus brazos pequeñísimos comenzaron a excavar la tierra y se introdujo en ella. Bajo la tierra hizo su choza, una choza pequeñísima. Allí estaba bien, segura, tranquila, cálida. Después fué a buscar su muñeca. Tan minúscula como ella.

—Espera— le dijo cuando estuvo adentro. Salió después a cortar hojas. Iba llevando los trozos pequeños. Uno tras otro, uno tras otro. Hasta que hizo con ellos, en el interior de su choza pequeña, un lecho pequeño también y oloroso. Allí acostó a la muñeca. A la muñeca que tenía cabellos claros y ojos del color del mar.

NUNCA más volvió a ser grande Ginga-Gon. Nunca más volvió a ser grande, ni niña, la niña negra.

Siguió siendo, por los siglos de los siglos, un animalito muy negro, muy negro, muy negro, que corta hojas en trozos pequeños, para que su muñeca tenga siempre una cuna fresca y blanca.

Los hombres que no saben esta historia, la llaman "hormiguita". Pero es una niña, una niña negra que se llama Ginga-Gon. Que vivía junto al mar en una casa pequeña que tenía paredes de bambú y techo de hojas de palmera.



Curioso,



¿verdad... ?

El hierro en los vegetales

La lechuga fresca constituye una importante fuente de hierro para el organismo.

Cuando se ingiere hierro por razones medicinales, las frutas y legumbres que se comen al mismo tiempo ayudan a la absorción de aquél por el organismo.



¡ Que
nombrecitos !

Una pequeña altura situada cerca de Porangahau, en Hawkes Bay (Isla del Norte) tiene el nombre más largo de todo el mundo. Dicho nombre consta de 57 letras y es el siguiente: Taumatawhangiangakoauauotamateapokaiwhenuakitanatahunh. En otro tiempo dicha colina tenía un nombre de sólo 28 letras, pero la oficina geográfica de Nueva Zelandia dispuso que el nombre largo era el que correspondía, por ser el verdadero y puesto por los Maoríes. La ciudad en el mundo que tiene el nombre más largo se halla en Gales del Norte, en Gran Bretaña, que consta de 58 letras y sus habitantes la llaman Llanfair P. G. por ser más fácil que el verdadero.



Importancia
del baúl

El baúl hizo su aparición a principios del siglo XIV, siendo indispensable para la vida errante de los grandes señores y su séquito. En aquella época, los baúles eran de un lujo extraordinario, con sus esquinas y orladuras de oro macizo, y acolchados en su interior con preciosas telas. Su lugar, entonces, no era, como puede suponerse, un cuarto sin importancia, sino que se lo ubicaba en el Salón comedor, que en aquellos tiempos era la más espaciosa

y la más ricamente adornada de todas las habitaciones. Esto prueba también la apariencia magnífica de esos baúles, que aún ahora son piezas de gran valor en palacios y museos.

Las grandes damas, cuando asistían a los casamientos o bautismos principescos, o a las coronaciones, llevaban inmensos cofres, conteniendo sus más brillantes trajes y joyas.

La Temperatura

Tanto en los bosques como en los desiertos la temperatura puede llegar a ser muy elevada durante el día, pero por la noche la del desierto es más baja, por la extremada falta de humedad de la atmósfera.



Amor de
elefante

El profesor francés de Zoología Jean Duvivier, después de muchos años de investigaciones en las selvas de Indochina, Birmania y Siam, declaró que los elefantes también mueren de amor. Los descubrimientos del doctor Duvivier indican que no es cierta la historia, de que los elefantes cuando son viejos se dirigen a un lugar conocido por ellos, para morir. Dice que los elefantes suelen vivir en bandas de un centenar, divididos en familias, y guiados por un jefe, que es el más viejo de la manada. No tienen lugares fijos para vivir y van de un lado a otro y cada año suelen andar varios cientos de kilómetros. Cada familia consta de un macho, ocho hembras y sus hijos. Cuando se une un casal, tiene que contar con la autorización del jefe. Algunas veces, dice el Dr. Duvivier, un elefante se enamora y sale a visitar a su amada. Pero si es descubierto, el jefe de la manada lo expulsa, y entonces el desgraciado amador recorre la selva, como loco, bramando. Condenado a vivir solo el pobre elefante sucumbe a su pena y va a morir al lugar donde lo hicieran los compañeros que por la misma causa tuvieron que vivir aislados. Y esos son los cementerios que han sido encontrados.

muy cansados pero sumamente gozosos por la experiencia vivida. Se decían entre ellos: ¡Cuántas cosas nuevas hemos aprendido en estos días! ¡Tenemos que hacer más campamentos de niños! ¡Nos hemos cansado, pero nuestra mejor recompensa fue haberlos visto tan felices durante todo el Campamento!

Realmente, decía yo para mis adentros, en el alma del niño hay un reino de lo inesperado. ¡Cuánta sen-

sibilidad, cuánta delicadeza, cuánta ternura, cuánta intuición artística!

Si los niños tienen algo de malo, lo tienen por culpa de quienes le rodean. Lo bueno y lo puro lo traen consigo, naturalmente.

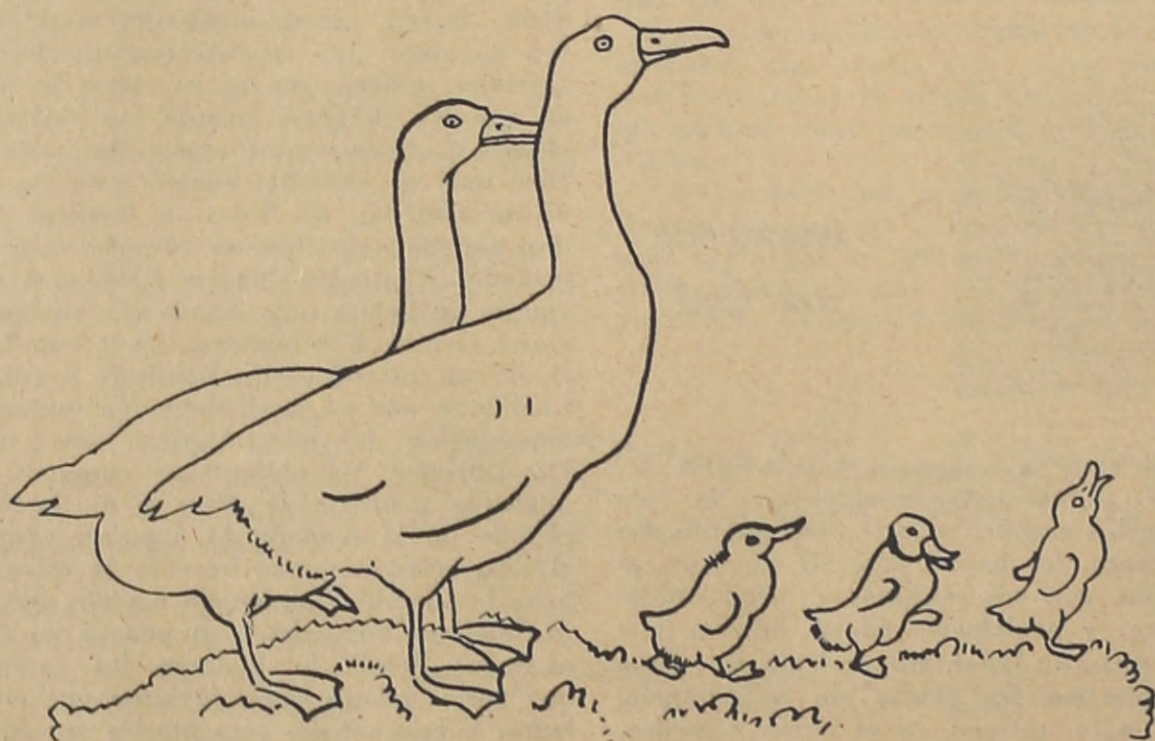
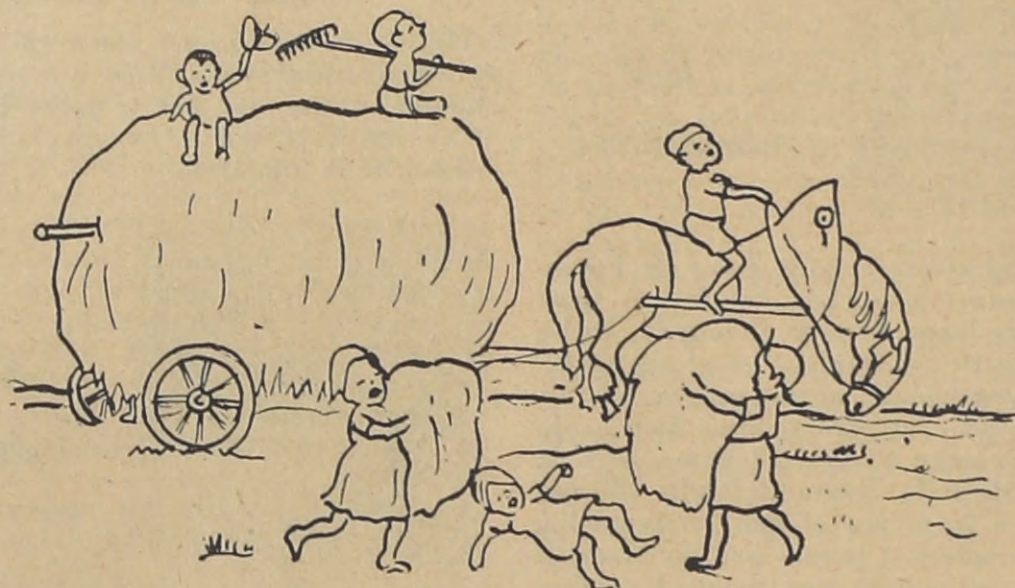
¿Cómo no luchar para estimularlo, para darle oportunidad de que se exprese, para permitir que se produzca?

Galopín

Láminas para colorear



EL RINCON para
los más pequeños





El Club

del

ARCO IRIS

Concurso Bíblico

Todavía no hemos terminado la calificación de todas las respuestas que hemos recibido para nuestro Primer Concurso Bíblico.

Han participado muchísimos niños y creemos que debemos considerar con todo cuidado cada una de las respuestas a fin de ser justos en la designación de los triunfadores.

En el próximo número esperamos dar más noticias y anunciar, si es posible, la fecha en que se conocerán los nombres de los ganadores y los premios a que se hayan hecho merecedores.

Un poco de paciencia, pues, amiguitos.

Muchas gracias por el apoyo que le han dado a nuestro Concurso.

También esperamos anunciar pronto, cuando se iniciará el Segundo Concurso Bíblico de "ARCO IRIS".



CARTAS Y MAS CARTAS

En las últimas semanas hemos recibido cartas de los siguientes amiguitos: Elvira Griot (Bs. Aires); Josué P. López (Bs. Aires); Ruth Carlisle (Montevideo); Diego Frisch (Montevideo); Rubén Rostagnol Geymonat (Colonia, Uruguay); Félix Britezl, (Asunción, Paraguay); Ivonne Long (Colonia, Uruguay); Nélica C. Dalmás, (Paysandú, Uruguay); Lidia Kisluk, (Rpa. Argentina); Manuel Montiel Pinocchio, (Perú); Gustavo Brun, (Colonia, Uruguay); Melva Ricca, (Uruguay); Walter A. Neira Villar, (Ecuador); Marta Tresols, (Bs. Aires); Nelly A. Jourdan, (Colonia, Uruguay); Reyna Margarita Ramírez, (Montevideo); Hugo Jourdan, (Colonia, Uruguay); Carlos Mazo, (Panamá); Elsa Esther Canales, (Colonia, Uruguay).

Muchas de estas cartas incluían colaboraciones para nuestra Revista, pedidos de suscripción, solicitudes de inscripción a nuestro Club y respuestas al Concurso Bíblico. Todos estos detalles los hemos tenido debidamente en cuenta. Las cartas que necesitan respuestas, serán contestadas oportunamente desde nuestra sección "Llegó el cartero...".

Mientras tanto, ¡muchas gracias por el cariñoso apoyo que estamos recibiendo de nuestros lectores!

UN LEMA PARA NUESTRO CLUB

Varios de mis amiguitos me han preguntado: ¿Cuándo tendremos decidido nuestro lema?

Es una pregunta oportuna.

Pero como en este caso también hemos recibido muchas respuestas estamos poniéndolas en orden y buscando la mejor forma de hacer la elección.

Pronto anunciaremos la fecha y el modo en que haremos la misma.



¡ Han llegado nuevos libros!

... y me permito aconsejar
a padres y maestros que
traten de leerlos.



- 19 SIGLOS DE CANTO CRISTIANO, por E. S. Ninde. Un estudio interesante y apropiado de la evolución sufrida por el canto cristiano desde los tiempos de la Iglesia primitiva hasta la producción del siglo pasado. 192 páginas \$ 3.50 m/arg.
- LAS BIENAVENTURANZAS Y OTROS POEMAS, por Isabel G. V. de Rodríguez. Una nueva obra poética de la conocida escritora de "Siembras" y "Atardecer sereno" que sin duda repetirá el éxito de estas producciones. 107 páginas " 2.50 m/arg.
- YO SE QUIEN SOY, por J. P. Howard. Una serie nueva de pláticas especiales para la juventud, escritas en el mismo espíritu que "Pan y Estrellas" que tan favorable acogida tuviera en su oportunidad. 150 páginas " 3.00 m/arg.
- DEL FANGO A LAS ESTRELLAS, por Sante U. Barbieri. El nuevo libro de poemas del autor de "Pétalos y espinas de mi sendero" en el cual se explayan las magníficas cualidades líricas reconocidas en el escritor rioplatense. 106 páginas C. \$ 5.50 R. " 4.50 m/arg.
- JUAN WESLEY, por Basil Miller. Una sentida y justa biografía del fundador del metodismo, realizada con imparcialidad y conocimientos profundos. 136 páginas " 3.50 m/arg.
- CINCO MEDITACIONES SOBRE LA EXISTENCIA, por N. Berdiaeff. La obra póstuma del genial escritor cristiano, en la cual establece su credo filosófico vital, frente a los problemas candentes del momento. 224 páginas " 6.— m/arg.
- LIBERTAD RELIGIOSA, por M. Searle Bates. El más completo estudio realizado hasta la fecha sobre el tema del epigrafe, desde el punto de vista social, político y jurídico, realizado con criterio imparcial y amplio del asunto tratado. Indispensable para estudiosos. 676 páginas " 15.— m/arg.

EDITORIAL Y LIBRERIA LA AURORA

Corrientes 728
Buenos Aires

Constituyente 1460
Montevideo